Brooklyn, N. Y., 15 de Agosto de 1941

Un Libro de Carlos Esplá

Corto y cebido. Se trata de un libro de texto, es decir de enseñanza, pero el maestro que lo escribe, es un maestro de los que no está catalogado en ninguna escalafón oficial, es sencillamente un periodista libre, que ha hecho su ciencia en lucha abierta con todas las contingencias y que ahora la desparrama, más para dar gusto a su espíritu que para conseguir un éxito editorial que siempre se traduce en un provecho económico.

Corto y cebido. Este libro, que con el título "Unamuno, Blasco Ibáñez y Sánchez Guerra en París", que apenas llega a la centena en sus páginas, ha escrito Carlos Esplá en el destierro, posiblemente, más que para honrar a los hombres desaparecidos, para encuadrar las características esenciales de su pueblo, que es España, y señalar un camino para su reconquista.

Tres hombres con distintas modalidades—Unamuno, Blasco Ibáñez y Sánchez Guerra—cada uno con sus sentimientos bien dispares, cada uno con un rango y una fisonomía propia y los tres coincidentes en el mismo anhelo: conseguir la liberación de su país.

La acción del libro se desenvuelve en París, por el año 1925. Los protagonistas, viven allí el exilio porque son incompatibles con una estúpida dictadura deshonrada en España. Los tres en distintas actividades realizan su romántica labor de abrir camino. Y esos rasgos geniales de estos hombres de excepción son los que capta este periodista también excepcional; para decir a sus lectores en este otro momento agudo que vive España, que no supone tanto lograr esa ansiada liberación como conservar con fruto un gobierno que haya ser para todos.

El periodista en este libro, realiza con su arte lo más difícil: escribir de manera que el lector quede prendido desde la primera línea y de manera tan tajante y llana, que, sin caer en lo plebeyo, el conocimiento esté al alcance de quien lo busca.

Un libro de verdadera consulta, cuando por su tamaño de prontuario, su tersa narrativa y su moda de escribirlo—el gran secreto de saber escribir—parece que está al alcance de cualquier ensayista.

Unamuno hombre del norte, Blasco Ibáñez, hombre del mediodía, Sánchez Guerra, francamente al sur. Los tres bien ponderados, son tres jalones por los que habla España.

Toda la obra revolucionaria de Unamuno, está en el dicho del poeta D'Annunzio cuando se entera del destierro del profesor vasco: "Un pueblo que queda en tinieblas y una ráfaga de luz que va hacia el destierro".

Y Unamuno está allí a las puertas de España, pegado a la raya fronteriza, en el mismo punto, con su gesto de hidalgo que no transige.

"¿Qué piensa de esta dictadura el español medio?"—le pregunta un periodista francés.

—No conozco españoles medios. En España los hombres son enteros"—contesta enteramente Don Miguel.

"Un día, se cruzan en la calle, el desterrado y un ministro de la dictadura, el de Gracia y Justicia, acompañados ambos por amigos comunes. Uno de estos intenta la presentación:

"—Don Miguel de Unamuno" . . .

"—Don Galo Ponte" . . .

"Este último se adelanta descubierto y tiende la mano al maestro. Don Miguel se echa las sayas a la espalda y le mira sin moverse".

"—Vámonos—, exclama corrido Don Galo.

Y aún le oye decir Don Miguel, mientras se aleja:

—No me ofende . . . No me ofende" . . .

"—Pero yo—explica Don Miguel—no lo hice por ofenderle, sino por defenderme".

Allá en París, mientras tanto, ese hombre que se llama Blasco Ibáñez, con febrilidad de mozete revolucionario, elabora un folleto en forma de manifiesto y con el título "Lo que será la República Española", su sentimiento de siempre de lo que quiere España.

"Se trata en efecto—dice Carlos Esplá—de un programa moderado, de República democrática y liberal, libre de extremismos, que es a juicio de Blasco, la única viable en España. No es un manifiesto de partido, es la opinión de un escritor que ama a la patria y que la ha servido mejor que sus generales dictadores y a quien sus lecturas y viajes por todo el mundo han dado lo mejor, una experiencia política".

Pero algunos españoles, encuentran el documento flojo, tibio, conservador. Y Blasco Ibáñez se revuelve:

"¿Pues que vais a dejar para luego?—¿Vamos a hacer experiencias antes de consolidar el régimen?"

Otro hidalgo español, recio y en la misma línea que estuvo siempre.

Y para completar las tres columnas macizas, los tres pies para el banco revolucionario, este otro Don José Sánchez Guerra, que nace y muere aferrado a las ideas conservadoras, pero que no transige con los fascismos de su tiempo:

Sánchez Guerra está en París preparando un movimiento contra la dictadura militar en España:

"—Un día de invierno—dice Carlos Esplá—llega a la casa donde vive, un visitante de aspecto humilde, sin abrigo, embozado en una manta. Ha pasado los Pirineos a pie, para burlar la vigilancia de la frontera. Es Angel Pestaña, que viene a hablar al jefe conservador en nombre de la C. N. T. Ellos saben muy bien de la bombeta de Sánchez Guerra y están prontos a secundarle".

"Hablan, conciertan y se despiden con un abrazo".

"Realmente—comenta luego Sánchez Guerra—estos hombres tienen un temple que ya no conocía. Prefiero desde luego tratar con Pestaña, que con los que fueron amigos míos: me lo deben todo y ahora me olvidan".

Libro que enseña y recrea, escrito con la autoridad y el buen decir, de un periodista con hombría, cosa que no está al alcance de todos en este bajo mundo.

ANTONIO DE LA VILLA.

A.P.C.E.
SIG.: 1.24/1032